

en pos del lobo fasta que llegué á este lugar; é en la cibdad de Oliferna hacen hoy gran llanto por él.» Díjole estonce el ladrón: «Par Dios, el niño será mal venido; que yo le mataré por despecho de Corvalan é de sus parientes.»

CAPITULO CCLVII.

De cómo acorrió Corvalan al conde Harpin, que le querian matar los ladrones.

Despues desto, dijo el ladrón al Conde que se diese á prision; si non, que le cortaria la cabeza, porque le mató á su hermano, é que desto non podría escapar, é despues que mataria al niño, porque le habia desheredado su tio Corvalan é echado de la tierra; é como quier que él non tenia castillo ni fortaleza en que se pudiese amparar, que tenia una cueva, debajo de una peña muy fuerte, que era muy bien bastecida de viandas é de lo que habian menester, é en aquel lugar que non se temia él de hombre del mundo, é de allí le haria él guerra quanto pudiese. E estonce dijo el Conde que haria loeura en ello si el niño matase, que por aquel niño podría él cobrar el amor de su señor é lo suyo, que era en aventura; é dijo que, aunque estaba cercado, prometia que nunca su cuerpo meteria en poder de turco ni de pagano en tanto quanto se pudiese defender. Estonces acometieron al Conde los ladrones de todas partes, tirándole saetas é dardos, é él defendiase lo mejor que podia; mas Dios, que no olvida á los suyos, no olvidó allí al Conde, é librólo de mano de sus enemigos; que el rey Corvalan venia con quinientos caballeros de alárabes, buscando al niño por los yermos é por las montañas, é halló las pisadas del caballo é del Conde allí donde lidió con el jimio, é otrosí la mano con el brazo del jimio, é siguió el rastro del caballo; é luego que entró por la senda por do fuera el conde Harpin, pareciéronle tres ciervos blancos, é iban delante dél; é él iba siguiéndolos por montes é por valles; é sabed que aquellos tres ciervos blancos eran san Jorge, san Bárbaro é san Dionís; é Corvalan fué todavía en pos dellos hasta que llegó á la peña do el conde Harpin se defendia de los ladrones, é estaba ya tan cansado é tan mal parado, que non se podia defender mas, é habiase tornado muy flaco, por la mucha sangre que habia salido dél. E cuando los ladrones vieron á Corvalan, subieron luego en sus caballos é tomaron el niño é fuéronse, que non tardaron ahí mas, é metiéronse en la cueva que oistes que dijeron que tenian bastecida de viandas é de otras muchas cosas. Corvalan fué en pos de los ladrones fasta la entrada de la cueva, é quedáronse con el conde Harpin hasta ochenta turcos, que hicieron grande alegría con él porque lo hallaran vivo, é curaron muy bien dél, é le ataron las llagas, é cabalgáronle en un mulo que anduviese llano, é fuéronse en pos de Corvalan.

CAPITULO CCLVIII.

Cómo el rey Corvalan perdonó á aquellos ladrones porque le diesen su sobrino.

Grande placer hobó el rey Corvalan cuando supo que el Conde non era muerto, é los ladrones metiéronse en la cueva, que era muy fuerte, como oistes, é habia den-

tro cinco cámaras muy buenas, labradas é pintadas con oro de música, que es oro de una natura, que es muy buena para en labores de pinturas. Estas cámaras eran entoldadas de muy ricos paños de seda, é sus mujeres de los ladrones é sus hijos allí estaban con ellos, vestidos todos muy ricamente. E el rey Corvalan, despues que allí tovo encerrados los ladrones, acometióslos muy de récio; mas ellos defendiéronse muy bien con dardos é saetas é con lanzas, ca el lugar era muy fuerte é la entrada hecha con picos, é dentro, en cada una de aquellas cámaras, habia un agujero encima de aquella peña, por do les entraba la lumbre, é tenia allí agua dulce, que manaba de la peña, é caia en un aljibe muy hondo; é estaba la cueva muy bien bastecida de pan é de vino, é de harina é de carne fresca é salada, é de buenas armas. E el Rey, cuando vió que non los podia tomar, fué muy sañudo, é comenzólos á denostar á grandes voces, diciéndoles: «Hijos d'enemiga, muy gran tiempo há que vos lize buscar, é nunca pude saber nuevas de vosotros; mas agora vos tengo en lugar que non podeis escapar, é yo vos haré aquí quemar é dar mala muerte.» Dijéronle ellos que decia como queria, é que hacia muy gran sinrazon en guerrearlos, ca bien sabia él en cómo los habia echado de la tierra, é tomado quanto tenian é desheredado, é los hacia andar por los yermos, é que non se debia maravillar si tomasen venganza ó robasen de lo suyo, é que supiese ciertamente que allí tenian ellos á su sobrino, é si lo amaba ó lo queria ver vivo, que les tornase todo lo suyo, é ellos que serian sus vasallos; é demás que le darian allí luego cuatro acémilas cargadas de oro é mil paños de seda, é que le pedian por merced que se aconsejase sobr'ello, é que rogaban á aquellos hombres honrados que estaban con él que le rogasen por ellos; é descendieron luego cuatrocientos turcos, é besáronle el pié por ellos é pidiéronle merced que los perdonase; é Corvalan perdonólos, é juróles que non los perdonara si no fuese por el niño que tenian; que él sabia ciertamente que de otra manera non lo podría haber vivo dellos; é dijoles que saliesen fuera de la cueva, é que luego les volveria todo lo suyo; é ellos salieron fuera, é trajeron luego el niño á Corvalan, é Corvalan tomólo en sus brazos é besólo en la cara muchas veces; é aquellos hermanos ladrones fincaron los hinojos ant'él é pidiéronle merced que los perdonase; é él perdonólos, é tornóles sus tierras é sus heredades é su mayordomía, que tenian delante; é entraron á la cueva, é sacaron dende cuatro acémilas cargadas de oro é mil paños de seda muy preciados, como oistes que dijieran, é presentáronlo á Corvalan, é él llamó luego al conde Harpin, é díjole que tomase aquel tesoro, ca muy bien lo mereciera; é el Conde tomólo é agradeciógelo mucho, é pidióle merced que gelo mandase llevar en salvo. E Corvalan le dijo que le placia muy de buen grado, é que le seria guardado en tal manera, que no le faltaria dello ninguna cosa. E estonce subieron todos en sus caballos é tornáronse, é encontraron á los cibdadanos de Oliferna, que hicieron muy gran alegría con el infante, é el conde Harpin fué muy honrado é muy preciado de los al'os hombres de la tierra. E Ricarte é los cativos vinieron al Conde, é preguntáronle cómo le acaeciera, é él dijoles que muy bien, pues que Dios le tor-

nara vivo é en salvo; é que de allí adelante, desde sano fuese, se podrian ir al sepulcro, queriendo Dios. E la reina Halabra fué á abrazar al conde Harpin, é besóle los ojos é la cara é las manos muchas veces, é díjole: «Señor, bien sé cierto que por vos cobramos el infante; é yo vos digo que, si Dios quisiere, galardónvoslo hemos muy bien.» Respondióle él: «Señora, vos nos harédes mucha merced.» E envió ella entonce á su cámara é hizo traer oro é plata é muchas ricas joyas, é diólo al Conde, é hizo vestir muy bien á todos los cativos, é dióles á todos sus presentes, segun convenia á cada uno. E á Ricarte dióle mil paños de seda muy preciados, é un caballo muy bueno, é una tienda muy rica, é una acémila cargada de vasos é de servillas de oro é de plata, é llamó á un rico hombre, señor de caballeros, que decian Esclarante, hijo de Florenzon, é díjole: «Levadme estos cativos en salvo é en paz fasta allí do ellos os dijieren; é así vos mando yo que lo hagais sobre la vuestra ley é sobre quanto de mí teneis.» E él respondióle que lo haria muy de grado. E Ricarte dijo á sus compañeros cómo tenian por bien que hiciesen: si irian á hacer oración al sepulcro, ó si tornarían á la hueste de los cristianos; ca, si Dios quisiese que todos fuesen ayuntados en uno, que les ayudarian á tomar la cibdad de Hierusalén. Díjole el conde Harpin que cómo decia aquello, pues que non querian ir á ver el templo de Salomon é el santo sepulcro donde nuestro Señor Jesucristo fué metido; é que si aquello non cumpliesen, en balde habian sufrido tanto mal é tanto trabajo de sed é de hambre é de frio, si de ver no habian la cibdad de Hierusalén, do Jesucristo recibiera muerte por librar de poder del diablo el linaje de los hombres; é que no salieran ellos de sus tierras, é vinieran allí, sino por cumplir sus romerías; é si Dios tanta merced les ficiere, que pudiesen llegar al sepulcro, que despues non darian por sí ninguna cosa, en tal que las sus almas fuesen salvas. Los otros dijieron que aquel consejo era bueno que daba el conde Harpin, é que fuesen á Hierusalén.

CAPITULO CCLIX.

De cómo mandó Corvalan aderezar á los cativos, é los envió á Hierusalén.

Corvalan, rey de Oliferna, como era muy leal é muy verdadero segun su ley, hizo aderezar á todos los cativos muy bien de caballos é de armas, é dióles sus cartas para Orbagan, rey de Hierusalén, é mandóles que gelo saludasen, ca era su pariente, é facerles-hia mucha honra por amor dél; é otrosí para Cornomaran, su hijo, que era muy buen caballero é de gran seso, é porque, luego que les mostrasen sus cartas, de allí adelante non temerian, ante los harian llevar en salvo do ellos quisiesen. E el conde don Harpin é todos los otros fuéronle á besar las manos. La reina Halabra, madre de Corvalan, é él mesmo fueron con ellos una jornada. E los cativos despediéronse dellos, é Corvalan é su madre tornáronse. Los cristianos que Dios sacara de cativerio, é el rico hombre que los levaba en guarda é los guiaba, comenzaron de andar; é un adalid que iba con ellos guiólos por los yermos de una tierra que llamaban Jurian Panteros, é entraron en el val de Bacor, que les

duró quince jornadas. E aquel valle era muy vicioso de pan é de vino é de carne, é de dátiles é higos. E despues entraron en Laberia, é pasaron por el castillo de Alieon, que era muy fuerte, é fueron muy derechos para Malec é Amalin, é llegaron al rio Jordan un sábado en la mañana, é bañáronse hí, é pasaron el padron de mármol do san Juan Baptista baptizó á nuestro Señor Jesucristo.

CAPITULO CCLX.

Cómo los cristianos que salian de cativo mataron á los mensajeros del rey de Hierusalén.

Despues que todos los cristianos que allí eran fueron bautizados en el rio Jordan, el rico hombre que habeis oido que venia con ellos é los guardaba llamó á Ricarte de Caumont é á Harpin, conde de Beorges, é díjoles: «Señores, básteos esto, que vos he acompañado hasta aquí; agora quíerome tornar, é á Dios vos encomiendo que os guarde é os defienda de todo mal.» E ellos despidiéronse dél, é tomaron su camino para Hierusalén. E cuando llegaron á la cisterna ó cueva ó aljibe Bermejo encontraron ciento cuarenta turcos que venian de Hierusalén, é iban á pedir ayuda al rey de Arabia é al rey Corvalan de Oliferna; é esto fué un domingo, al alba del día. E Ricarte é los hombres honrados habian ya oido misa, é entraron en el huerto del santo Abraham, que es sobre la peña do nuestro Señor Jesucristo ayunó la cuarentena; é la gente de Hierusalén era muy desmayada, porque sabian que el duque Gudufre é Ruberte, duque de Normandía, é el conde de San Gil, é todos estos grandes hombres con la hueste de los cristianos venian cerca, é habian dejado á Antiocha muy bien bastecida, é tomaran estas cibdades é castillos, Gibelmar grande, é Barute, é Balavia, é Saeta; é eran ya llegados á una mezquita que era dos leguas é media de Hierusalén, é tenian hi fincadas sus tiendas; é por aquello enviaba aquellos embajadores que encontraron los cristianos, el rey de Hierusalén, á demandar acorro á los otros reyes moros de las tierras; mas cuando los vieron los cativos enviaron á saber si eran cristianos ó turcos; é luego que supo don Harpin de Beorges, que traia la seña, que eran turcos, dijo á sus compañeros: «Aquestos vienen sobre nosotros, é agora parecerá lo que faréis; miémbresevos cuánta cuita é cuánta laceria sufrimos en las prisiones dellos.» E ellos dijéronle que fuese adelante; é fueron luego á ferir en ellos de manera, que no escapó mas de uno vivo, que se tornó para Hierusalén, huyendo quanto el caballo lo podia llevar, é entró por las puertas que dicen Aureas, é non paró hasta el alcázar do estaba el rey Orbagan jugando á las tablas ante la torre de David, con muchos ricos hombres señores de caballeros, que estaban al derredor dél; é dióles voces, mas con pena; que tan gran miedo hobó de la mortandad de sus compañeros, que perdiera la habla, é díjole: «¿Ay señor de Hierusalén, cómo estáis seguro é non sabeis el gran estorbo é el mal que vos viene!» E él alzó la cabeza, é preguntóle qué habia, é él díjole: «Non sé qué gente es llegada al aljibe Bermejo, é son vestidos de hierro desde la cabeza fasta los piés, de manera que non temen saeta nin dardo, é mataron los embajadores que enviábades á Arabia, é quedan todos

muerdos so la peña de Toron; é pueden ser aquella gente fasta dos mil hombres.» Mas aquello decía él por el gran miedo que hobiera, ca non eran mas de ciento noventa; é cuando esto oyó el rey Orbagan, hobo muy gran pesar, é mandó llamar á su hijo Cornomaran é contóle aquello que le dijera aquel hombre. E despues que Cornomaran aquello oyó, mandó armar su gente é tañieron el cimbre ó atambor en la torre de David, é armáronse todos luego en la villa, fasta cincuenta mil hombres de armas; é la razon por qué Cornomaran facia armar tanta gente fué porque pensó que eran los otros cristianos de la gran hueste que tenían sus tiendas fincadas á la mezquita que habeis oido; é él armóse muy bien de buenas armas, é levaba su arco con sus saetas emponzoñadas, é una caña muy rica en su mano, que non podría quebrar, maguer que la ayuntasen el un cabo con el otro; é cabalgó en un caballo muy bueno é muy ligero, que non lo había mejor en toda Turquía, é tal, que por correr doce leguas nunca cansaba, é amenazaba á los cristianos que si los alcanzase, de manera haria en ellos que le conociesen.

CAPITULO CCLXI.

Deja la historia de hablar desto por contar de la hueste de los pelegrios que quedaron cabe la mezquita.

Oido habeis ante desto de cómo estaba la gran hueste de los cristianos á la mezquita, que era á dos leguas é media de Hierusalén; mas el duque Gudufre de Bullon é el duque de Normandía, é Ruberte, conde de Flándes, é Tomás de la Feria, é Pagano de Balbais, é Estéban de Alba, marqués, todos estos, con diez mil caballeros muy bien aderezados, salieron de la hueste, é fueron en cabalgada é pasaron cerca de Hierusalén, por el val de Josafat, é fueron hácia el monte Sion hasta Silon, é tomaron muy gran presa de ganado, é tornaron por el monte Olivete, hácia el val de Josafat. É luego que esto supieron en Hierusalén tañieron en la torre de David un cuerno de alambre, á que llaman balie, que era entre ellos señal de apellido, é tañéronlo de manera que lo oyeron á tres leguas; así que, lo oyeron muy bien en la hueste de los cristianos. E Cornomaran, que estaba muy bien aderezado, con cincuenta mil de su gente, así como habeis oido, salió de Hierusalén por las puertas que dicen Aureas con su caballería, é fueron á seguir la presa que llevaban los cristianos, que era muy grande, é hicieron tañer los atambores é los añfiles tan fuertemente, que los valles é los recuestos recudian á ellos, é firieron en los cristianos muy réciamente. E los cristianos recibieronlos muy bien é con grande esfuerzo, mas la batalla non era igual de ambas partes; que los cristianos no eran mas de diez mil é los moros cincuenta mil; é la batalla comenzóse tan grave, que era gran maravilla á quien la viesse. E la calor, que hacia muy grande, agravió mucho á los que estaban armados. El duque Gudufre é el conde Ruberte de Flándes juraron que ante querian ser muertos que vencidos, ni que les dejasen levar de la presa solamente un carnero. Estonces dió grandes voces el Duque por esforzar los suyos, llamando santo Sepulcro, diciendo: «Feridos, varones; que el que en Dios ha esperanza non debe cansar.» Muy fuerte fué esta batalla é muy herida de ambas partes. Mas

Cornomaran era muy esforzado, é mandó á los turcos que cercasen á los cristianos en derredor, é ellos ficiéronlo así; é tanto los afinaron, lanzando dardos é saetas, que los hicieron por fuerza meter en el val de Josafat; é por la gran calor que facia aquejóles tanto la sed, que algunos había que bebían la sangre de los caballos; que en aquel lugar non había agua ninguna; é de aquella arremetida perdieron los cristianos mucho, que les mataban los caballos los turcos con dardos é saetas que les tiraban desde los recuestos; mas tanto trabajaron los cristianos con ellos, que tomaron el llano del recuesto de hácia el monte Olivete; é despues que se vieron ya cuanto en anchura cobraron corazon, é fueron á ferir en los turcos de manera, que los hicieron tirar afuera, é tan grande daño hicieron en ellos, que todo el campo fué cubierto de turcos muertos en muy poca de hora; estonce se paró el ganado en un recuesto; que no había quien lo levase delante; é por ende, los cristianos fuéronse para aquel lugar, é llegaron los turcos de todas partes é aquejóroulos tan fuerte, que non había ninguno que no hobiese miedo de la muerte; é ellos así estando, asomaron los cristianos que habían salido de cativo, que venían muy bien aderezados, comó para batalla; é el duque Gudufre miró hácia el monte Olivete é viólos, é pensó que eran turcos, é hizo esta oracion á Dios é dijo así: «Dios Padre poderoso, é virgen santa María, que pariste á Jesucristo, sed hoy mis ayudadores.» E cuando los turcos vieron á los cativos creyeron que eran turcos que venían en su ayuda, é por ende, acometieron tan de récio á los cristianos, que les hicieron allí gran daño. Aquella hora Ruberte el Frison fué luego cuanto el caballo lo pudo levar para el duque Gudufre, é dijo: «Señor, ¿védes aquella haz en aquel valle? Aquellos son turcos que vienen de arriba, é querernos han quitar la presa, ca mucho parecen bien aderezados. Mas sabed que ante quiero recibir la muerte.» Respondióle Gudufre así: «Bien fio por Dios que non nos querrá tanto mal hacer, que ellos sean señores de la presa, mas enviemos dos caballeros al conde de San Gil é á los ricos hombres de la hueste que nos acorran. E estonce, mirando el uno al otro, comenzaron de llorar por el gran daño que recibía su compañía.

CAPITULO CCLXII.

Cómo el Duque é los otros altos hombres de la cabalgada enviaron por acorro á la hueste.

Allí dijo el duque Gudufre que á quién podrian enviar á la hueste. Respondió Tomás de la Feria que enviasen á Almeric de Aloitria é á Folquer de Chartres, que tenían muy buenos caballos é eran muy sabidos é buenos caballeros d'armas; é él mandóles que fuesen por aquel acorro. Estonce derramaron todos los de la cabalgada en uno, é de aquella arremetida perdieron las cabezas mas de ciento cincuenta arqueros, que los mataron los cristianos; é luego pasó Almeric por los turcos, é nunca cesó de andar cuanto mas pudo fasta que llegó á la hueste, é dijo al conde de San Gil é á Tranquer: «Señores, acorred al Duque é á su gente, que mucho menester lo han; que nunca en tan gran peligro fueron como agora son, é maravilla será de Dios si vivos los falládes.» Cuando los altos hombres aquello

oyeron, hobieron muy gran pesar é desmayaron mucho por el mal del Duque é de los otros, é armáronse luego; así que, eran bien sesenta mil los que salieron de las tiendas; é las dueñas é las doncellas que hí eran tomaron barriles é picheles é escudillas é cualquier que levar pudiesen, para dar agua á beber á los que lidiásen; é había hí gran parte dellas que andaban descalzas, é cuando se herian en los piés con las piedras daban gracias á Dios. E el conde de San Gil é Tranquer iban en sus caballos delante todos, llorando con gran piadad, rogando á Dios que guardase de muerte é de todo peligro al Duque é á los otros. E decía Tranquer: «Ay Dios, Señor! ¿si mereceré yo tanto, que halle al Duque vivo? Que yo daría tantos golpes con mi espada en los descreidos, que siempre habrían que hablar los que escapasen vivos.» E dijo el Conde esa hora que en qué se tardaba; que se cabalgase cuanto mas ahína pudiese, por llegar á tiempo que hobiesen los turcos mal estrena; é en esto iban andando cuanto mas podían, muy bien acabdiliados é aderezados para batalla; é las tiendas quedaron armadas, é quedó hí el conde de Tolosa con toda su compañía para guardarlas, é los flacos é los niños.

CAPITULO CCLXIII.

De cómo los que salieron de cativo acorrieron al duque Gudufre é á los otros.

Así como ya oistes, lidiaba el duque Gudufre é los otros compañeros con el rey Cornomaran; é el Duque, luego que vió venir los cativos todos muy bien aderezados, dió de las espuelas al caballo é fué para ellos, é cuando fué acerca preguntóles quién eran. Respondió Ricarte de Caumont, que venía delante, é dijole que qué quería, é por qué lo preguntaba, é que dijese su nombre. E él dijole que le decían el duque Gudufre de Bullon, é dijo mas: que ya que sabia su nombre, que le dijese qué gente eran. Allí respondió Ricarte, é dijole que eran cristianos todos que salían de cativo, é que á él decían Ricarte de Caumont. Despues que los unos é los otros supieron que eran cristianos, todos hobieron muy grande alegría é fuéronse á abrazar. Allí les dijo el Duque: «Catad, señores, en qué aprieto nos tienen los turcos; ya nos han muerto los caballos, é en nosotros mismos han fecho gran daño, é por amor de Dios ayudadnos. Dijéronle ellos todos á una voz que eran de buena ventura, é que les había hecho Dios mucha merced en traerlos á tal punto; é fueron luego todos á ferir en ellos muy alegres, las lanzas enristradas é los escudos ante los pechos; é en su venida entraron en ellos de manera, que aquella haz en que firieron toda la quebraron, é non hobo ninguno de los cativos que non matase ó non derribase el suyo cada uno dellos; é comenzóse allí aquella hora la batalla muy fuerte, ca estonce comenzaron á ferir é á matar, é dar grandes golpes de espadas é de porras, é derribar caballeros tan fuertemente, que ninguno non curaba de su muerte ni vida, sino como hiciese mas mal á los turcos; que tamaño placer habían de vengarse del gran mal que habían sufrido cativos, que non les parecía que se pudiesen hartar; así que, en poca de hora fué el campo cubierto de turcos muertos allí do ellos estaban. Estonce don

Juan Dalís, que era un caballero natural de tierra de Berry, é compañero de Ricarte de Caumont, hirió á un rico hombre, señor de vasallos, natural de Barbois, que era hijo de otro caballero, é hiriólo de forma, que le hendió el escudo é pasóle la lanza por el cuerpo, é en tirándola dél, dió con él muerto en tierra, é tomó el caballo é diólo á un su compañero, é él subió luego en él, que era muy bueno, é metióse en la batalla é hirió á un rico hombre, señor de muchos vasallos, con el espada encima del yelmo, que lo hendió hasta los dientes; é Ricarte de Caumont hirió estonces á otro en el escudo, que le pasó todo é le falsó la loriga, é dió con él muerto en tierra, é dijo á grandes voces: «Ferid, varones, en estos falsos descreidos, que nos han hecho tanto mal.» E el conde Harpin de Beorges, que estaba muy bien armado, dió al caballo de las espuelas, é firió á un turco en la adaraga de manera, que gela falsó, é metióle la lanza por el cuerpo, é dió con él muerto cerca de un sendero, é tanto firió de la lanza, fasta que la quebró; é metió mano á la espada, é dió á un turco sobre el yelmo tan de récio, que le tajó la cofia é la loriga con el tiesto de la cabeza, é dió con todo en tierra; é metióse entre los turcos, como el lobo entre las ovejas, matando en ellos, é hizo maravillas en armas; é Baldovin, un caballero muy ardid é muy presciado, estaba armado muy noblemente de loriga blanca, é traía un yelmo verde muy presciado, que le diera el rey Corvalan de Oliferna cuando matara la sierpe en el monte Tigris, é traía una espada que le diera el rey Abraham, en que estuviera un judío maestro gran tiempo en hacerla en el monte Sinaí, é cabalgaba en un caballo muy ligero, é esgrimió la lanza, en que traía un pendon pequeño, é fué é metióse entre los turcos, é firió á uno que decían Corpatis, é era natural de Balda é señor de gran tierra, é enviárale su padre Lustramar al rey de Hierusalén que le ayudase en su guerra, é dióle Baldovin tal golpe en el escudo, que gelo fendió, é falsóle la loriga é pasóle la lanza á las espaldas por el espinazo; é tanto firió Baldovin con la lanza, que la quebró, é despues metió mano á la espada, é ante que tornase la cabeza mató catorce turcos, é desmayaron los moros; é don Juan Dalís estonce, que era hombre de alto linaje, aguijó é metióse entre los turcos, hiriendo á diestro é á siniestro, como varon muy esforzado, diciendo: «Á tierra, falsos descreidos; que hoy en este día vos daré galardón de cuanto mal me heciestes.» E en pos desto, dijo: «Adelante, caballeros. Dios, acorrednos é sed hoy nuestro ayudador! Otrosí, el conde de Flándes, é Ruberte de Normandía, é Tomás de la Feria, é el duque Gudufre, é Eustacio, su hermano, é otros de Romania, cuando vieron las maravillas que hacia Ricarte, é Juan Dalís, é Folquer, é Rinalte de Pavia, é el obispo de Fores, que matara ya con su mano diez turcos, é los otros cativos, que se metieron entre esos turcos, parecióles muy apuesta cosa, é llegaronse todos, é cobraron corazon é esforzaron muy de récio la batalla, que se iba ya cuanto esfriando; é el duque Gudufre é Ruberte el Frison é Tomás de la Feria entraron entre los turcos, é los otros pelegrios é los que salieran de cativo ayuntáronse con ellos é avivaron la hacienda; é el obispo de Fores esta-

ba muy bien armado de escudo, en que habia un leon con una cruz de oro, é muy buena espada que traia, é tenia la lanza en la mano, é encontróse con un moro, á quien dijeron el Almanzor de Faranon, que era sobrino del rey Orbagan, é fuéle á ferir; así que, le fendió el escudo é falsóle la loriga, que le llegó al corazon la lanza, é partiógelo, é dió con él muerto en tierra, é díjole: «Traidores, falsos, descreídos, hoy seréis, como canes, todos desbaratados.» E tomó luego el caballo é subió en él, que era mejor que el suyo. E dijo esa hora el duque Gudufre á Ruberte el Frison: «Aquel es buen coronado, ayudémosle; que si non hobiese acorro agora, puede ser muerto, ca muchos moros vienen sobre él.» Estonces llegaron los cristianos tan esforzadamente, que hicieron á los turcos tirar afuera un trecho de arco; é levantóse el ruido é las voces de los alaridos que se allí hicieron, que lo podrian oír mas de á una legua. Los moros comenzaron estonces á desmayar, é hicieron tan gran llanto é dieron tan grandes voces é alaridos, que era maravilla, é por aquel Almanzor moro, que mató el obispo de Fores, que era turco de gran nombradía, desmayaron mucho los moros, é ayuntáronse á derredor de aquel rico hombre, como aquellos que habian perdido todo su esfuerzo, é hicieron muy gran llanto por él, é desenlazaban las ventanas de las lorigas é rasgábanse las haces. E entre tanto vino Cornomaran, su espada en la mano, é cuando vió muerto á Almanzor quisóse meter la espada por el cuerpo, sino que lo vieron sus caballeros é tomárongela é non gelo dejaron hacer. Estonce se comenzaron acoger los turcos, é los cristianos non los quisieron seguir ni ir en pos dellos por el lugar, que era muy peligroso de peñas é de barrancos; é los turcos fueron é metiéronse en la cibdad de Hierusalen por la puerta que dicen de San Estéban, é echáronle luego la cadena é cerraron muy bien la puerta. Los pelegrinos cogieron la presa é fuéronse con ella para sus tiendas, que fincaban á la mezquita que habemos dicho. El duque de Normandía, que habia ese día dado muchos golpes con su espada, hinchósele la mano, con la gran calor que hacia, de manera que se le pegara la espada con la sangre en el puño, en manera que non la podría sacar, é levóla así fasta que llegaron á su posada á las tiendas, é ante le hobieron á templar la mano con agua caliente é con manteca que gela pudiesen despegar ni tirar; é ante que llegasen á las tiendas, á una legua de la mezquita hallaron al conde de San Gil é á Tranquer é á los otros cristianos que les venian á ayudar, como es dicho; é las dueñas é las doncellas é las otras mujeres que llegaron hí con agua dieron á beber á la gente que lo habian menester; que tales habia, que, con la sed, echaban la espuma por la boca; é ayuntáronse á derredor de los cativos é contaron su ventura, é fuéles muy bien oída, é lloraban mucho, de piedad que habian. Mas ¿quién vos podría contar la gran alegría que Pedro el Ermitaño habia con ellos, por razon que eran de la gente que él habia traído, segun dice en el comienzo de la historia? Demás, cuando le contaron de la gran gente que habia salido de cativo por razon de la sierpe que matara Baldovin, tan gran placer habia ende, que los iba á abrazar uno á uno, é lloraba, con lástima que habia dellos; é cuando lle-

garon á sus posadas partieron la presa todos comunmente, é albergaron aquella noche muy bien; mas tan cansados quedaron de la batalla, que no rondaron aquella noche la hueste, é muchos hobo dellos que se non desarmaron.

CAPITULO CCLXIV.

Cómo el conde de San Gil é Tranquer fueron en otra cabalgada.

Gudufre, duque de Bullon, é el duque de Normandía, así como es dicho, llegaron con su presa é con los cristianos de cativo á las tiendas; mas cuando fué cerca de media noche levantóse el conde de San Gil, con muy gran pesar que habia porque non fuera en aquella batalla con el duque Gudufre, é armóse é llamó á Tranquer, é á otros que él escogió; así que, fueron por todos bien diez mil, é salieron luego de la hueste é tomaron su camino para Cesarea, é desdeque llegaron corrieron toda la tierra hasta Caifás, é tomaron gran presa de camellos é de asnos, é de vacas é de ovejas, é de cabras é de muy buenas yeguas, é tornáronse para el val que dicen Nurlé é por la torre que llaman de las Moscas. E luego que esto supieron los de Cesarea, salieron á ellos, é enviaron por mar en una saetia sus mensajeros á los de Escalona, é aquellos que así van en saetia sobre mar dicen en latin cosarios, é enviábanlos allí que les enviasen acorro, é contaron las nuevas al principal que gobernaba é que tenia el poder cómo los cristianos corrian la tierra; é cuando los de la villa lo supieron hicieron gran duelo, é dijieron al Gobernador: «Señor, non detengais los mensajeros, mas levad cuanta gente pudiédes haber, porque los que llevan la presa son todos cubiertos de hierro, de manera que nuestros arqueros non los pueden vencer poco ni mucho.» E el Gobernador levantóse luego é hizo tañer el cimbre, que es un cuerno de alambre, con que los moros habian costumbre de hacer apellido; é él mesmo armóse apriesa, é salió de Escalona con veinte mil hombres á caballo; é el conde de San Gil é Tranquer pasaron con su presa allende Cesarea, á la ribera de un río pequeño; é los del lugar seguíanlos todavía, pero de léjos, tirándoles saetas por les defender é les embargar los pasos do entendian que se deternia el ganado de andar, por razon que les llegase entre tanto el acorro de Escalona; é los cristianos, andando todavía, pasaron á Miravel é llegaron á los llanos de Ramas, do hallaron el altar de san Jorge, que guardaban los surianos muy limpiamente, é hicieron hí sus oraciones, é entre tanto llegaron los turcos de Escalona, que venian por el arenal bien armados é en buenos caballos, é ayuntáronse con ellos luego los de Cesarea, é cuando los cristianos los vieron, acabdilláronse muy bien para guardar la presa é para defenderse: allí los comenzó el conde de San Gil á esforzar, diciéndoles: «Señores caballeros, todos sois naturales de una tierra por crianza é por natura, é de altos linajes; nos non tenemos aquí villa nin castillo en que nos podamos defender, si por nosotros mesmos no nos defendemos; védes aqui los turcos que andábamos buscando, que no creen que Jesucristo nasció por nos salvar; é el que en este lugar muriere, defendiendo su

cuerpo, sepa ciertamente que Dios le levará el alma con sus apóstoles, é que el día del juicio será perdonado de todos sus pecados.» Ante qu'él acabase su razon, los turcos de Cesarea é de Escalona volviéronse los unos con los otros, é fueron muy grandes las voces que de amas partes dieron, é en esta arremetida volviéronse los unos con los otros; é tan bien fué á los cristianos, que perdieron los turcos mas de cuatro mil de su compañía, é estonce dieron los turcos grandes alaridos; é Tranquer andaba de los unos á los otros entre los suyos acabdillándolos, é hiriendo en los turcos muy á menudo, é cometiéndolos con su gente tan de récio, que querian ya los de Escalona huir; mas cuando miraron á un lugar que le dicen el Casar Gaiifar (1), vieron venir de Cesarea quince mil turcos, é los cristianos non supieron parte dellos sino cuando los vieron venir cerca de sí, é fueron muy espantados, ca ellos no eran mas de diez mil, é los de Escalona eran veinte mil, é los de Cesarea quince, que son por todos treinta é cinco mil, é facíanse muchos para diez mil que eran los cristianos; mas conhortólos el Conde, é díjoles que non desmayasen, é que los recibiesen muy esforzadamente, ca bien vieran cómo los primeros eran ya vencidos cuando los otros perecieron, que todos eran desbaratados; é el gobernador de Escalona hizo hincar el estandal ante los cristianos, é el estandal entre los moros es la seña do está el mayor poder de gente en que ellos tienen esfuerzo. Estonce acometieron los turcos á los pelegrinos muy esforzadamente con dardos é saetas, é fuéronseles tanto llegando, que daban en ellos á manteniendo con las lanzas é porras; así que, aquejaron tanto los turcos á los cristianos, que se hobieron á ayuntar las haces de los cristianos, é hicieron muro de los escudos que pararon ante sí; é Tranquer, despues que vió que tan mal los traian, non lo pudo mas sufrir, é salió de las haces con cinco mil caballeros muy bien armados, é fuése derecho para el estandal é derribólo por fuerza, hiriendo é matando en los turcos. Cuando los turcos aquello vieron, dieron alaridos como lo han de costumbre, é levantóse entre ellos muy gran ruido, é hicieron tañer las bocinas é los atambores con muy gran saña, é alzaron el estandal á pesar de los cristianos, é sacáronlos del campo mas de una carrera de caballo; estonce llamó el Conde á grandes voces, Santo Sepulero é San Jorge de Ramas, é trajieron muy mal los turcos á los cristianos de aquella vez una gran pieza.

CAPITULO CCLXV.

Cómo envió Dios á la batalla de los cristianos á san Jorge é san Bárbaro con una legion de ángeles.

Los cristianos estaban estonce en muy gran aprieto, así como es dicho; que los quejaban los turcos tanto con las cañas é con las saetas, é con los dardos que les lanzaban, matando los caballos, é aun á ellos mesmos llagaban é mataban espesamente; é fueran estonce vencidos sino por la merced de Jesucristo, que les envió en su acorro á san Jorge, é á san Bárbaro, é á san Diomitris, é á san Dionís, é parecieron en caballos blancos

(1) Entiéndase Casar ó Al-casar Gaiifar. De Gaiifar, los franceses hicieron Gaiifar y nosotros Gaiferos. Casar es alcázar, palacio. C.-U.

con una legion de ángeles, é la legion es seis mil é seiscientos é sesenta é seis, que venian tan récios como falcones, é hirieron en los turcos tan récio como rayos, de manera que cada uno mató el suyo. Cuando esto vieron los cristianos, fueron muy alegres é conhortados, é con esta alegría esforzaron, é levantáronse luego en pié, muy alegres é muy ligeros, é tomaron sus espadas é sus lanzas; é san Jorge fué á herir al Gobernador, que era señor de Escalona, é dióle tal golpe en el escudo, que gelo falsó, é la loriga, é metióle la lanza por los pechos, é dió con él muerto en tierra. A parecer de los cristianos era esto así; mas desdeque los turcos fueron vencidos é cataron al Gobernador, non le hallaron señal de herida nin que sangre saliese dél; é todos los ángeles hacian así, que mataban é non parecia herida. Dijieron los turcos estonce que cuáles diablos eran aquellos ó dónde venian, que así mataban sin heridas, é que ellos ya non lo podian sufrir mas; é tornaron las espaldas é comenzaron á huir. E el conde de San Gil é Tranquer é todos los otros cristianos fueron en pos dellos, é san Jorge delante, é non pararon fasta la mar, matando é firiendo en ellos, é entraron en la mar mas de cuatro mil turcos fuyendo, é ahogáronse todos. E el Conde estonce fuése llegando á san Jorge é preguntóle quién era; é él díjole: «Amigo, yo só san Jorge, que vine aquí con san Dionís, é con san Diomitris, é san Bárbaro, con una legion de ángeles, por mandado de Dios, por vos ayudar.» E díjole el Conde: «Señor, mucho os debo yo honrar é servir, que á muy gran necesidad nos acorristes; é por ende, haré yo ensalzar vuestra iglesia, é poner un obispo con cincuenta clérigos, que sirvan á Dios á honra vuestra é rueguen por nuestras almas.» Estonce se fué san Jorge con su compañía, que non parecieron mas; é despues el Conde tornóse para su gente é díjoles: «Señores, mucho debemos loar á Dios la gran merced que nos hizo hoy en alargar nuestros días é darnos mas vida; cabalgad é tornemos al campo, é cortemos las cabezas de los turcos, é llevarlas hemos con nosotros; que yo las quiero facer echar dentro en Hierusalen, con engeños, por encima de los muros, por espantar á los de dentro.» E tornaron allí do fuera la batalla, é desarmaron los muertos é cortáronles las cabezas, é cogieron los arcos turquíes dellos, é las saetas que yacian esparcidas por el campo, que las habian mucho menester los de la hueste; é cuando fueron ayuntadas todas las armas, entre lorigas é yelmos, é escudos é lanzas, é las otras armaduras, hobo cerca de ocho mil acémilas cargadas; é tomaron las cabezas de los moros é recogieron la presa, é tornáronse con ella para San Jorge de Ramas, é pasaron por abajo de Mirabel é llegaron á la hueste. E el duque Gudufre é los otros grandes hombres salieronlos á recibir, é díjole el duque Gudufre al conde de San Gil é á Tranquer que dónde venian ó dó tomaran aquella presa tan grande, é qué caza era aquella que traian; é ellos dijieronle que ante Cesarea la tomaran, é que se encontraran con los turcos en los llanos de Ramas, é que allí los desbarataran, loado sea Dios, é que aquella ganancia que Dios les habia dado, que la querian partir por todos comunmente, tan bien al pobre como al rico. E esta palabra